

Mantener encendida *la lámpara de la razón*¹

« Palabras clave: Conocimiento, razón, verdad, vida. »

Emma del Pilar Rojas Vergara²

[Resumen]

En el horizonte de comprensión de la vida y su sentido, acompaña también al hombre la inquietud por la realidad, ser parte de ella, llegar a conocerla y entenderla. Se encuentra entonces, con diversas posibilidades de alcanzar su propósito, y no deja de admirarse de lo que es capaz de alcanzar mediante la luz de la razón.

Este aporte reflexivo se detiene a contemplar el deseo humano acerca de la función de la razón, acudiendo a la filósofa María Zambrano y al anuncio del evangelista Juan, quienes facilitan elementos clave para aproximarse al fundamento de la práctica humana de mantener vivo el hálito de la razón.

¹ // El presente artículo está en relación directa con la Línea de Investigación Filosofía y Desarrollo Humano, del Grupo de Investigación Lumen.

² // Estudiante de Doctorado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana – Medellín, becaria de la Universidad Cesmag. Integrante del Grupo de Investigación Lumen. eprojas@unicesmag.edu.co

Mantener encendida la *lámpara de la razón* es vivir siempre la experiencia de un despertar continuo, de un permanente estado de vigilia que le permite al hombre darse cuenta de la realidad en la que habita, de las circunstancias que lo acompañan, así como también, de la posibilidad de encontrarse con los demás de forma clara y transparente.

La filósofa María Zambrano, en su obra titulada *Horizonte del liberalismo*, dibuja al hombre como un ser cargado de incalculables pesos que pueden estarlo abatiendo mientras minan su capacidad para andar erguido y libre en sus acciones; sin embargo, reconoce también que en él existe una luz de esperanza que lo ilumina y lo moviliza en su andar por la vida.

Dice Zambrano (1996): “El hombre camina ya solo, con una carga, con algo dentro que se le debate en agonía de asfixia. Camina solo, sin más luz ni guía en su libertad que la lámpara de la razón” (p. 242). Es esa lámpara, cuya naturaleza se inserta en las profundidades del ser, lo ilumina todo, es la luz de la esperanza que unida al sentir y al vivir, encumbra al hombre en lo más alto de la cúspide existencial, cuando se encuentra marginado y desalentado por el fluir de las cosas.

Este hombre se presenta en el cosmos como la máxima realización de ser, situación que le permite reconocerse digno de pensar, transformar y vivir en las circunstancias más adversas; este hombre está lanzado al mundo para hacer de él una casa cómoda, agradable y apacible: su propia casa, en donde encuentra las condiciones adecuadas a su naturaleza para alimentar y fortalecer su anhelo más profundo de custodiar la lámpara recibida para que permanezca resplandeciente, garantizando el no desorientarse en la oscuridad y la sombra que acompañan su propia existencia.

La luz pone en evidencia todo cuanto existe alrededor, ella permite transparentar la vida. Al respecto, San Pablo dice: “No tomen parte en las obras de las tinieblas, donde no hay nada que cosechar; al contrario, denúncienlas. Sólo decir lo que esa gente hace a escondidas da vergüenza; pero al ser denunciado por la luz se vuelve claro, y lo que se ha aclarado llegará incluso a ser luz” Ef. 5, 11-13 [*Biblia Latinoamericana*]. En el ejercicio de apreciar y comprenderlo todo, a través de su capacidad racional, el hombre es capaz de conocimiento, pensamiento y vivencia y en este acontecer la luz de la razón, es la que le permite advertir todo cuanto sucede en su ser, en su intimidad y en su relación con los demás.

Es así como la conciencia que tiene el hombre acerca del fluir de la vida y de su relación con los otros, se convierte en un estado de reflexión y de discernimiento que lo conduce a la búsqueda de la verdad. Precisamente, el evangelista Juan, haciendo referencia a esa luz que irrumpe las tinieblas y hablando de la persona de Jesús, portador de la verdad misma del Padre, señala: “Él era la luz verdadera, la luz que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo” (Jn. 1, 9). Verdad y luz se encuentran. La tarea de la luz es iluminar, sacar de las tinieblas permitiendo que todas las cosas tengan brillantez y puedan ser reconocidas como parte de la creación.

De allí que, el hombre que está iluminado por la luz de la razón y el entendimiento, puede disfrutar su búsqueda de la verdad, así como también gozar de la sabiduría cuando la descubre inundando todo su ser; él tiene en sí mismo y por propia autonomía, la posibilidad de reconocer su existencia, así como la de los otros en relación con el mundo y su conexión con todas las demás criaturas del universo; la razón le permite darse cuenta de sí y de los otros, es una luz que lo penetra todo y le permite encontrarse con la verdad que lo conduce a la transparencia, la autenticidad y la trascendencia de sí mismo.

En este orden de ideas, el no estar iluminado por la luz de la razón significaría permanecer engeguceado por la ignorancia, la ausencia de sabiduría, de conocimiento o de experiencia de vida, tal hecho conduciría a sumergirse en la incertidumbre, a tropezar con todo cuanto se encuentra en el entorno; más aún, con lo que estando dentro no deja reconocer la luz. Esta vez Juan insiste nuevamente: “pero el que camina de noche tropezará porque no posee la luz” (Jn. 11, 10). La pérdida de la luz que ayuda a transparentar la vida y las cosas, así como no contar con la capacidad de pensar, razonar y darse cuenta, sumerge al hombre en estados de crisis, vacíos y temores.

Definitivamente, andar en la noche es recorrer el sin sentido de la vida, significa caminar en la ignorancia y en la oscuridad, alejarse voluntaria o involuntariamente de la sabiduría y de la razón común de la vida. Las tinieblas y la oscuridad no permiten quitar el velo que está delante y por lo tanto, tampoco acercarse a la verdad que produce libertad.

En toda esta situación en la que puede ubicarse muchas veces la vida, se requiere aprender a vivir experiencias profundas de conocimiento y sabiduría que con lleven a superar la oscuridad que envuelve a las personas y las cosas. El evangelista Juan hace evidente la forma de redescubrir el sentido de la vida, la razón de ser de las cosas y lo hace por la vía del amor; el amor es conocimiento, es sentimiento, pasión, verdad, libertad, cercanía y encuentro con los otros, es logos que carga de sentido y significado la vida. El texto bíblico de la obra joánica es contundente: “El que ama a su hermano permanece en la luz y no hay en él causas de tropiezo” (1Jn. 2, 10).

Por lo tanto, favorecer el encuentro con los demás haciendo posible vivir la experiencia de entrega y fraternidad, es la manera de sumergirse en el amor y para hacerlo no hay duda que es necesario conocer de

forma racional y vivencial; a la razón le compete una excepcional tarea en cuanto corresponde a la capacidad de amar y de conocer. Además, Zambrano (2011) la considera como razón creadora: “[...] que en la vida del hombre modestamente - adecuadamente- ha de ser la razón fecundante” (p. 219). No obstante, es importante recordar que esta misma razón, a pesar de tener fecundidad, que contiene en sí misma la fuerza para existir, corre el peligro de ser desgastada en su significado, cuando se vuelve abstracta y desvirtúa su logos.

La razón, cuando es considerada como racionalista y esquematizada, según Zambrano (2011), no ofrece sino una posibilidad de conocimiento: “Un medio adecuado a lo que ya es o a lo que a ello se encamina con certeza; a las «cosas» en suma, tal como aparecen y creemos que son” (p. 262). Mas, al ser humano le corresponde ocuparse de otras vías, donde la experiencia de una razón cristalizada vuelva a apreciar la fuerza de la vida, goce de la cercanía del sentir del hombre, circunstancia que inevitablemente es la experiencia de amar, que a su vez implica conocer y entender el dinamismo de la vida: “[...] abrirse del ser hacia dentro y hacia afuera al mismo tiempo. Es un oír en el silencio y un ver en la oscuridad” (Zambrano, 2010, p. 110). Esa es la experiencia humana que invita a descubrir el sentido de las cosas, de lo que todo ser humano hace y vive como experiencia de realización e iluminación de su propia existencia, que muy profundamente reanima el ejercicio de cuidar y mantener encendida la lámpara de la razón como signo elocuente de su dignidad y libertad.

- Referencias -

Zambrano, M. (1996). *Horizonte del liberalismo*. (J. Moreno Sanz, Ed.) Madrid, España: Ediciones Morata, S. L.

Zambrano, M. (2010). *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zambrano, M. (2011). *Claros del bosque*. (M. Gómez Blesa, Ed.) Madrid, España: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya S. A.).